

Danubio Torres Fierro

# PRESENTE Y FUTURO DE NICARAGUA

ENTREVISTA A PABLO ANTONIO CUADRA

A lo largo de una obra extensa, y rica y compleja, Pablo Antonio Cuadra (Managua, 1912) ha ido poniéndole nombre a una tierra, un paisaje, unos hombres, y de ese trámite ha surgido la imagen, real y mítica a la vez, de un entero país: Nicaragua. Con vocación de empresario cultural, generoso con el trabajo ajeno, y modesto en lo que toca a su propia labor Cuadra es —también y sobre todo— un hombre público que nunca pierde de vista al intelectual crítico y honesto que lo habita. Así, y a partir del desencadenamiento del proceso revolucionario nicaragüense, ha sostenido desde la dirección del periódico *La Prensa* una actitud valiente y cuestionadora que defiende el pluralismo ideológico y el respeto a la democracia y la libertad de expresión sin desdeñar una tarea que entiende decisiva: la realización de un cambio social y político profundo y radical. Esa postura le ha acarreado conflictos con el poder en repetidas ocasiones. Pero no lo ha hecho dar marcha atrás: las maneras corteses y medidas de Cuadra conviven con una estricta fidelidad a sus convicciones. La entrevista que sigue se centra —como no podía ser de otra forma— en cuestiones políticas muy actuales. Allí asoman, con derechura, la perspicacia y la agudeza de un hombre irreprochable.

—¿Cuáles son, en este momento, las relaciones entre el proceso revolucionario y la cultura nicaragüenses?

—Como se sabe, se fundó un ministerio de Cultura que está bajo la autoridad de Ernesto Cardenal. Lo primero que debe señalarse al analizar su tarea es que cuenta con muy poco dinero porque —como también se sabe— Nicaragua ha quedado muy golpeada desde el punto de vista económico. El ministerio en cuestión ha tratado de llevar a cabo lo que podría llamarse la democratización de la cultura, y lo ha hecho fundando talleres de poesía en particular y de literatura en general, estimulando la creación de artesanías y fomentando el teatro y el folklore musical. Ha tratado, entonces, de ofrecer los instrumentos necesarios para el desarrollo de una cultura. A esa labor no tengo más remedio que ponerle una objeción: allí se observa una cierta tendencia al dirigismo —y se trata de un dirigismo negativo: ése que se empeña en decir no a esto, no a lo otro y no a lo de más allá. Yo soy de la opinión de que en el campo de la cultura jamás hay que decir sí o no. Al contrario, allí hay que defender, solicitar y respetar una libertad irrestricta. Entiendo que si la actual revolución nicaragüense puede hacer algún aporte sobre las habidas hasta aquí, ese aporte es el de alentar lo que ella produce por sí misma pero —insisto— otorgando plena libertad al creador y al intelectual.

—Así, usted no está de acuerdo con esa famosa senten-

cia de Fidel Castro que sostiene que dentro de la revolución todo está permitido pero nada fuera de ella.

—Esa frase es nefasta porque, más allá de su elegancia epigramática, significa que una o varias personas asumen el papel de fiscales en el dominio de la cultura y, a través de él, definen —por ejemplo— qué es lo que se puede o se debe escribir. Rechazo ese autoritarismo que tiene un nombre más preciso y brutal: totalitarismo.

—¿Qué haría usted en el campo de la cultura si le fueran otorgados plenos poderes?

—Facilitar los instrumentos para que los valores y los talentos que hasta el momento no tuvieron oportunidad de manifestarse o evolucionar, sea por marginación o por escasez de medios, pudieran hacerlo a partir de ahora dentro de la mayor libertad.

—*La Prensa* es un periódico liberal y que intenta mantener una postura independiente. Pero ha sido clausurado en varias ocasiones por el gobierno revolucionario. ¿Qué papel desempeña ese diario en el proceso político del país?

—El proceso político nicaragüense es el resultado de la unión de una serie de fuerzas muy matizadas y diversas que lograron tumbar a Somoza. Todas y cada una de esas fuerzas, desde el comando armado llamado Frente Sandinista de Liberación Nacional hasta la propia *La Prensa*, contribuyeron de una u otra manera a liquidar el régimen anterior —y *La Prensa* puso nada menos que la muerte de su director, cuyo asesinato produjo el incendio decisivo para la sublevación popular. En la hora del triunfo, todas esas fuerzas se reunieron y coordinaron y crearon —digamos— una plataforma preliminar de gobierno que tenía unas ciertas características que podrían resumirse así: se trataba de realizar un cambio social profundo pero respetando la democracia y la libertad de expresión y fomentando, en consecuencia, el pluralismo ideológico. Desde entonces, *La Prensa* ha sido el órgano de difusión y defensa de esas tendencias pluralistas, a las que estimamos indispensables para que nuestra revolución sea verdaderamente nicaragüense. ¿Por qué se nos ha criticado? Porque no hemos estado de acuerdo con lineamientos políticos que obedecen a un criterio puramente partidista. Insisto: nuestra posición es la de un absoluto respeto al pluralismo, y no nos vamos a apartar de ella. Por eso, *La Prensa* es el único periódico que ofrece sus páginas a los diversos movimientos políticos y sindicales independientes que existen en Nicaragua. Por lo demás, la línea editorial de *La*

*Prensa* sostiene que apoyamos un socialismo democrático y pluralista, y que aceptamos el cambio social más radical que se desee —siempre y cuando no se caiga en el totalitarismo. No postulamos un estatismo sino —lo que es muy distinto— una solución socialista. Por el ejercicio de esa defensa de la democracia y por la crítica de cualquier amago autoritarista hemos sido sancionados varias veces. La junta revolucionaria sostiene que nuestra actitud revela una incomprensión (o una obstaculización) del proceso revolucionario. Yo contesto que esa forma de ver las cosas proviene de la existencia de un esquema prefabricado del proceso revolucionario.

—Ese proceso prefabricado a que usted se refiere no es otro que el cubano. Se ha señalado, en repetidas ocasiones, que la presencia cubana puede ser determinante en el futuro político de Nicaragua —y no es casualidad, entonces, que hace un momento le recordara una frase de Fidel Castro. Así, la cuestión fundamental es que la revolución cubana gravita en la nicaragüense y en la latinoamericana en general. ¿Qué piensa de esa gravitación?

—En efecto, la cubana es una de las fuerzas que están en lucha dentro del proceso revolucionario nicaragüense. Mi posición es la siguiente: critico tanto a quienes sostienen que ya las posiciones están perdidas y que nosotros nos convertiremos en una copia de Cuba, como a quienes sólo desean que Nicaragua repita los pasos exactos del caso cubano. En esencia, y pecando quizá de simplismo, diría que la lucha nicaragüense es entre las fuerzas que quieren la creación de

una revolución que ofrezca respuestas auténticas, y conformes a nuestras realidades, y aquellas otras que desean el plagio de esquemas, aun al precio de torcer la realidad real.

—Lo decisivo, aquí, sería aclarar que ese esquema prefabricado deja —además y sobre todo— mucho que desear.

—A eso vamos: si al menos se tratara de esquemas que han arrojado un saldo positivo se podría contemplarlos con una actitud más abierta. Pero no es así, por desgracia. Y, sin desdecirme de lo anterior, quiero añadir que aunque fueran buenos, esos esquemas son difíciles de trasladar de contextos y circunstancias. Nunca ha sido bueno aplicar esquemas geométricos a la realidad.

—Usted está a favor de una vía nicaragüense para la revolución. La pregunta es si Nicaragua puede ser autosuficiente en ese sentido.

—Creo que sí —y eso no sólo por un arrebato de orgullo nicaragüense. Todo país es autosuficiente para producir su propia revolución, siempre y cuando —es claro— no existan presiones brutales que impidan el surgimiento de su propia originalidad. Pero en mi país se da el caso de que tiene una personalidad muy marcada, y a mí me indigna en mi interioridad nacionalista que haya quienes sostengan que no podremos crear nuestra propia revolución después de haber producido un Rubén Darío o un César Augusto Sandino (que fue capaz de imaginar su propia clase de guerrilla y su propio tipo de respuesta a la adversidad en las peores circunstancias). Fíjese que personas tan importantes como don José López Portillo han llegado a visitarnos y nos han dicho que Nicaragua tiene que tomar en cuenta los errores de la revolución mexicana y de la cubana para salvarse e inventar algo nuevo e inédito. Ese consejo es formidable, y es el que damos desde *La Prensa*. No comprendo por qué molesta tanto.

—Hasta ahora hablamos de la gravitación cubana. ¿Qué pasa con la intervención norteamericana en el país?

—Ese es el otro aspecto que debe analizarse, ya que Cuba por un lado y Estados Unidos por otro son las dos fuerzas que presionan para que suframos un desvío en la creación de nuestros propios caminos políticos. La falta de sensibilidad del nuevo gobierno de Estados Unidos, y de algunos de sus principales asesores, para con la política norteamericana en América Latina, es muy peligrosa. Entre otras cosas, tienden a ver el proceso político de la zona como un juego donde hay —al igual que en las películas del lejano Oeste— buenos y malos y donde las cuestiones planteadas sólo son blancas o negras. Y ése es otro esquema, tan peligroso como el que mencionamos antes. En Nicaragua no hay buenos y malos sino muchos matices, y existe una lucha interna prodigiosa en varios aspectos, y peligrosa en otros, que puede desembocar en resultados extraordinarios. Pero la presión excesiva, o una movida de pata de ese inmenso elefante que son los Estados Unidos, nos puede echar a perder lo ya hecho, radicalizar el proceso o llevarnos a donde no queremos ir. Es decir, desencadenar un movimiento tan nefasto como el que podría provocar la otra superpotencia mundial con su injerencia directa o indirecta. Hay que tomar en cuenta esas dos pre-



Pablo Antonio Cuadra

siones, que son tremendas, y más en un país pequeño como el nuestro, para explicar que muchas veces esos muchachos estupendos que son los guerrilleros reaccionen con un exceso de susceptibilidad ante las brutalidades de Estados Unidos, o que otros reaccionemos también con exceso de susceptibilidad (¿para qué negarlo?) ante injerencias como la cubana o la soviética.

**—¿Usted cree que la injerencia soviética está atrás de la cubana?**

—Por supuesto. Pero aquí me importa mucho destacar que, entre esas dos presiones políticas de que hablamos, México tiene un papel importantísimo que desempeñar. Su nueva posición en el área del Caribe y Centroamérica entraña toda una misión histórica y yo quisiera que se tomara mayor conciencia de ello en el mexicano —en todos los mexicanos. Es una misión que exige un pensamiento muy claro, dinámico y creador, sugerente de soluciones verdaderamente latinoamericanas y que no obedezca a consignas de uno u otro bando ideológico. Pienso que los mejores intelectuales de México deben participar en la demarcación exacta de ese pensamiento. No debe olvidarse que ésta es la primera vez que México pasa a ocupar un puesto central en toda la región del Caribe y Centroamérica. Se trata de un momento decisivo, en el que están en juego fuerzas revolucionarias muy profundas y valiosas que pueden ser desviadas por los superimperios, o bien ser lanzadas a su exterminio —lo que acarrearía una terrible frustración a movimientos políticos y sociales que han costado mucha sangre. Insisto: esas fuerzas revolucionarias deben ser orientadas hacia soluciones realmente eficaces y originales. Para México ése es un desafío cuya respuesta puede significar el encuentro con su propio destino. Porque no olvidemos que además se trata de un país que desde hace milenios está situado —al menos para nosotros, que somos náhuatl desde el tiempo de los indígenas— en una posición privilegiada. Así, México y Venezuela son nuestro amparo frente a los dos gigantes mundiales. Digámoslo con absoluta claridad: si México nos falla nuestro destino es caer en manos de los norteamericanos o de los soviéticos.

**—Por lo general, y desde la época de la Independencia, nuestras revoluciones se han hecho contra uno o dos imperios: el español pero también el inglés o el francés. Ahora se repite esa situación. Y, siempre, las condiciones para una revolución autónoma han sido muy difíciles, diríase que intransitables. El caso cubano importa porque confirma justamente lo anterior. ¿Usted cree que hay fuerzas materiales en Nicaragua, o en Centroamérica, capaces de posibilitar el desarrollo de un proceso autónomo?**

—Soy bastante optimista. Fuerzas materiales, o al menos capacidad para intentar un equilibrio propio...

**—Cuando hablo de fuerzas materiales pienso en la necesidad de una cierta riqueza económica. ¿De qué manera Nicaragua puede llegar a ser autosuficiente?**

—Confieso que esa autosuficiencia material no me parece tan apremiante. En cualquier caso, hay una buena señal: el descubrimiento de yacimientos petrolíferos. Entiendo su preocupación sobre el aspecto económico porque no se me



Los jefes Sandinistas en la tribuna

escapa —por ejemplo— que si México ocupa ese lugar privilegiado de que hablé antes en el panorama político mundial se debe, entre otras muchas razones, a su relevancia internacional por su riqueza petrolífera. Eso quiere decir, nada más y nada menos, que así se puede resistir mejor a un hecho bochornoso: que la dependencia económica se convierte en dependencia política.

**—Usted piensa, sin duda, que si Yugoslavia pudo crear un proceso nacionalista autónomo con la URSS en sus puertas, también lo puede hacer un país latinoamericano que tiene casi en su casa a los Estados Unidos.**

—En efecto. Y en ese sentido soy optimista. Perdón que peque de majadero, pero tengo que insistir en la absoluta necesidad de que dejemos —en todos y cada uno de nuestros países— de pensar mediante recetas y esquemas. No se me escapa que el gran problema de estos momentos es que cada vez que alguien no habla el lenguaje de quienes están en el poder resulta estigmatizado y es tratado de traidor y de enemigo de la “revolución”. Pero eso no puede continuar siendo así por más tiempo. La revolución está siempre haciéndose y, por tanto, las respuestas que genere deberán nacer de su propio dinamismo creador. Así, quien se opone a los esquemas no está contra la revolución: está a favor.



—¿Cree que en América Latina existe un pensamiento autónomo? ¿Quiénes serían sus fundadores?

—En mi caso, quien me hizo descubrir la existencia de ese pensamiento fue Leopoldo Zea: a través de sus trabajos di con el hilo de una tradición intelectual que nos pertenece. Y en México hay un enorme caudal de ese pensamiento que se manifiesta sobre todo en quienes rodean a Octavio Paz.

—Cambiamos el rumbo de nuestra conversación. ¿De qué manera se inscribe su obra en la literatura nicaragüense?

—En efecto, estoy inserto en un proceso, el de la entera literatura nicaragüense, y al cual Rubén enseñó una cosa decisiva: la necesidad de desprovincianizarnos que, dicho en otras palabras, significa que para profundizar en las propias raíces no debe perderse la universalidad. Por fortuna, esa lección logró convertirse en una tradición y, así, la literatura nicaragüense pudo cobrar fuerza y amplitud. Otra lección de Rubén, y que también aprendimos, fue la de que como país débil debíamos convertirnos en piratas: asaltar las grandes literaturas para enriquecer la nuestra. Algo así como apoderarnos de las armas de nuestros enemigos y atacarlos con ellas. Y eso siempre acompañado de ironía, de hu-

mor, de burla. El país que no tiene humor —se sabe— pierde la partida.

—Usted surge a la literatura en un momento muy especial de Nicaragua.

—Más que especial diría que dramático. Primero, porque la influencia de Rubén era algo así como un inmenso árbol que no permite crecer nada debajo suyo —y, entonces, en un primer momento tuvimos que ponernos en su contra, en una típica actitud de afirmación filial contra el padre. Después, porque nos encontramos con que no había realmente una literatura nacional. La misión de nuestra generación fue crearla, y además esa literatura nacional que emergía sufrió un impacto político notable porque fue simultánea al momento en que Sandino se levantó contra los norteamericanos. Nosotros fuimos víctimas de la intervención norteamericana, y la sentimos en toda su humillación y su vergüenza. Pasamos, también, por una guerra civil muy sangrienta. ¿Cómo reaccionamos? No fue una reacción nacionalista en el sentido de que escribiéramos poemas a la patria o a la bandera, sino que fue nacionalista porque creamos patria a través de la poesía: fuimos haciendo sentir a Nicaragua.

—¿De qué manera encarnó en usted ese crear patria a través de la poesía?.

—Primero, a través del descubrimiento del país y dándole un primer baño de poesía a una tierra que ni siquiera había sido nombrada (Rubén apenas nos habló del buey nicaragüense bajo el encendido sol, en sus primeros poemas nicas—, pero de inmediato abandonó esa línea). Al descubrir la tierra se descubre al hombre, y entonces uno se siente profundamente vinculado a su dolor, a su alegría, a su fascinación. Y, en nuestro caso, descubrir al hombre, y ahondar en nuestras raíces, significó la incorporación a nuestra poesía del indio que llevamos dentro. Por fin, dentro de ese itinerario se sitúa la recuperación de los mitos —esa parte tan decisiva de la poesía: el volver a llenar de mitos un país.

—Cada libro suyo parece marcar una etapa diferente en su trayectoria, al apuntar hacia objetivos distintos, y sin abandonar por ello una línea secreta y subterránea que los une a todos de manera sólida y sutil a la vez.

—Eso no está mal visto. Por ejemplo, *Poemas nicaragüenses* significó el descubrimiento de la tierra, *El jaguar y la luna* marcó la incorporación de lo indígena a la poesía del país y los *Cantos de Cifar* fue el encuentro con un tipo de nicaragüense muy definido: el de los habitantes del lago.

—¿Cuál es el panorama actual de los poetas nicaragüenses?

—En este momento, y como en todo momento inicial de una revolución es imposible decir que existe o va a darse una poesía revolucionaria. La poesía —se sabe— se da por un almacenamiento de emociones que, como dice Rilke, va hasta abajo y luego vuelve a subir. Por otro lado, la literatura es siempre un proceso difícil o imposible de prever: nunca se sabe cuándo va a irrumpir —y, además, pocas veces coinciden una edad de oro política con una literaria. Pero, dada la vocación poética del nicaragüense, es inevitable que la conmoción que acabamos de vivir, y que aún vivimos, produzca tarde o temprano una literatura potente.